

## EL RECONOCIMIENTO

La columna carlista de Gómez, que en la primera guerra civil, constantemente perseguida por fuerzas mucho más numerosas, hizo sin contratiempos graves aquella famosa expedición por todo el Reino, que es una de las operaciones militares de más mérito que registra la historia, se dirigía á León, y detrás, á una ó dos jornadas de distancia, iba el numeroso ejército de Espartero.

Perseguidores y perseguidos parecía que andaban jugando á la moria capitoria, como los galanes aquellos de la cosillina inventada para significar el argadillo:

Cuatro galanes  
Andan en danza;  
Corren y corren...  
Nunca se alcanzan.

Así les pasaba á aquellos dos ejércitos: no solían alcanzarse, lo cual para ellos no era malo del todo.

Pero los pueblos, que tenían que contentar á los unos y á los otros, sufrían lo indecible.

Llegaba un día la columna realista; y al llegar pedía raciones, y al marchar pedía bagajes.

Y al día siguiente, cuando el pueblo comenzaba á respirar y á estar á gusto, llegaba la columna liberal, mucho más numerosa, aparte de ser también más aborrecida, y pedía cuatro veces más raciones al llegar y cuatro veces más bagajes al marcharse.

Y no había remedio: los pobres alcaldes tenían que buscar bagajes y raciones por donde pudieran, porque si no... ¡buena la hacían!

Una tarde llegó la columna de Espartero á Villamurada, llamémosla así, á la misma hora próximamente que había llegado dos días antes la de Gómez.

Con mucho trabajo y con grandísima dificultad logró el Ayuntamiento suministrar las raciones necesarias; porque ya se ve que diez mil hombres no se racionan así como quiera en una villa de corto vecindario.

Pero no era ésta la más negra; sino que á la mañana siguiente, el encargado de la brigada de municiones y pertrechos llamó al alcalde y le dijo:

—Para eso de las tres de la tarde, que

será la hora que podremos salir, después de comer y descansar un rato, necesito doscientas caballerías mayores para bagajes, pues las que traigo son de muy lejos, vienen abarrancadas y hay que relevarlas sin remedio.

—¿Doscientas caballerías ha dicho usted?—le replicó el alcalde.

—Sí, señor: doscientas he dicho.

—¿Y dónde voy yo por ellas?

—Donde las haya.

—Pues lo que es aquí es imposible reunir tantas, porque, vamos, materialmente no las hay... Pediré algunas á los pueblos del redor; pero se harán los remolones y no las traerán á tiempo, porque son muy tunos... Si usted me firmara unas órdenes para los alcaldes de esos pueblos exigiéndoselas á rajatabla... á usted le tendrían más miedo y...

—Yo le firmo á usted todo lo que usted quiera, con tal que los bagajes no me falten á la hora que le he dicho... Ya lo sabe usted...

El alcalde se fué á la Casa-Ayuntamiento é hizo al fiel de fechos extender veinte órdenes en los términos más terribles que se le ocurrieron, dejando en blanco el número de caballerías y el nombre del pueblo para ponerlos después más despacio, y volvió con ellas al alojamiento del encar-

gado de la brigada, que se las firmó y selló inmediatamente.

Al tratar luego de llenar los claros, el alcalde de Villamurada discurre de este modo: «Si los pueblos se hacen ronceros y no acuden á tiempo con los bagajes, quien va á pagar la farda es la villa, porque no habrá más remedio que aprontar aquí caballerías de cualquier manera... Pues me parece que, en pago de este riesgo, bien merece quedar libre de escote si los pueblos acuden»...

Y fué y puso diez caballerías á cada pueblo, repartiendo así las doscientas entre los veinte, para que el suyo quedara en el doble de la manta, como suele decirse.

Cuando el alcalde de Vegahonda recibió su orden respectiva, se echó á temblar... y á discurrir la manera de darla cumplimiento.

—¿Dónde encuentro yo ahora diez caballerías disponibles?—se dijo.—Porque las yeguas, como si lo viera, todos me van á decir que están preñadas, aunque no lo estén... El caballo del pisonero... el del cirujano... en último caso el del señor cura... No: lo que es diez, no es posible... Como no mande ir las yeguas, calle y casa á hita, sin escuchar disculpas ni atender á razones... Pero entonces tiene que ir la

mía la primera, porque quedó la corrida el día pasado ahí, en casa del albéitar, mi vecino... Y ahora que digo del albéitar... si ese majadero pudiera servir alguna vez para algo... Voy á ver... voy á ver...

Tras de este discurso íntimo y luego que meditó un poco la cosa, mandó al procurador tocar á concejo, y cuando tuvo reunidos los vecinos les dijo:

—He mandado juntar el concejo porque acabo de recibir este oficio que, como ustedes verán, le pone á cualquiera los pelos de punta. Atiendan ustedes.—Y leyó:

«Ejército expedicionario.—Brigada de municiones.—En el improrrogable término de cuatro horas, y bajo la más estrecha responsabilidad, se servirá usted poner á mi disposición en Villamurada diez caballerías mayores para bagajes, con apercibimiento de que, de no presentarlas á tiempo, será usted sometido á un consejo de guerra como faccioso y juzgado con todo el rigor de la Ordenanza.—Dios guarde á usted muchos años. Villamurada... *etcétera*. (Aquí hay una firma que no se puede leer... me parece que dice *González*, pero lo mismo da.)—Señor alcalde de Vegahonda.»

—Como ven ustedes—continuó diciendo el alcalde,—la cosa es seria, y no hay más remedio que llevar pronto las caballerías que piden...

—Es verdad,—dijeron unos cuantos vecinos.

—¡Buenas chanzas tienen los militares! —añadió alguno.

—No hay más remedio,—dijo otro.

—Bueno: pues no siendo justo—continuó el alcalde—que las yeguas preñadas vayan de bagaje habiéndolas vacías, como las habrá de seguro, las cuales pueden ir perfectamente, porque eso tienen que hacer, y no las viene mal el paseo para que se las quite el vicio... no siendo justo, como digo, mandar de bagaje una yegua preñada, porque es exponerla á abortar y hacer, por consiguiente, á su dueño un flaco servicio, he determinado que se traiga la ventera de las yeguas á la alameda y que una vez ahí rodeadas, el señor veterinario las vaya reconociendo todas, una por una, y diciendo las que están preñadas y las que están vacías, para luego de entre estas últimas enviar de bagaje las que por vez las corresponda...

—Está bien pensado... Muy bien dispuesto,—dijeron algunos vecinos inocentes.

A otros no les dió buena espina la cosa; pero callaron hasta ver en lo que paraba...

—Con que á ver si hay por ahí unos rapaces—añadió el alcalde—que vayan de un pronto á avisar al yegüero para que las traiga... y á ayudarle, porque si no ¿cuán-

do llega él á acabildarlas según estarán de espardidas?

A la media hora estaban ya las yeguas atropadas en la alameda y casi todo el pueblo reunido allí, unos como interesados en el reconocimiento, y otros como curiosos á ver el milagro... ó lo que resultara.

Luego asomó el albéitar acompañado del alcalde, que le venía diciendo por lo bajo:

—... Ya sabes... Esa rojica que está á la parte de acá con una estrella en la frente, es la mía; aquella negrona paticalzada que se está fregando contra el chopo, es la de mi yerno; esa otra castaña que amusga ahora las orejas contra la tuya, es la de mi cuñado Andrés... Las demás allá tú... Pero no conviene que declares vacías todas las otras, porque parecería mucha casualidad que sólo estuvieran preñadas las nuestras... De suerte que de cuando en cuando, declares preñada alguna más, aunque no sepas de quién es...

Llegaron y empezó en seguida el reconocimiento.

El albéitar se arrimaba á una yegua por el lado izquierdo, la ponía la mano derecha extendida en la parte posterior del vientre, debajo de la falda, y después de unos minutos decía en alta voz y con mucha gravedad: ¡preñada! ó ¡vacía! según los casos.

Al principio todo el mundo guardó cier-

to respeto al acto; pero aquella actitud no duró mucho. Cuando el albéitar reconoció la yegua del tío Marrajo, el cuñado del alcalde, ya quiso haber un poco de riña.

Excusado es decir que la calificación, pronunciada con especial solemnidad, fué la de ¡preñada!

—¡Sí, de moscas!—dijo el tío Golondrín muy mal humorado, porque acababa de declararse *vacía* la suya; y añadió con aire provocativo:

—¡Con que no anduvo á la parada!

—¿Y eso qué tiene que ver?—le replicó el tío Marrajo defendiendo la calificación;— ¡puede ser que no se haya visto otra!

—¡Claro que no se ha visto!

—Pues anda, que cuando el *profesor* lo dice...

—Como si lo dijera el perro del ganado.

—Pues, hombre, creo yo que los que lo estudian lo tienen que saber... porque si no lo saben los que lo estudian... ¡lo sabremos tú y yo!... ¿te parece?

—Lo que me parece á mí es que están ustedes hablando de más—dijo el alcalde queriendo cortar aquella disputa peligrosa, tras de lo cual continuó el reconocimiento.

El *facultativo* siguió palpando barrigas de yeguas y diciendo lo primero que se le venía á la boca, *preñada* unas veces, otras

*vacía*, sin cuidado alguno, puesto que ya estaban á salvo todas las recomendadas, la suya por supuesto, la del alcalde y las de los parientes del alcalde.

Y sucedió que entre un montón de yeguas que se metían unas por otras para demosquear, pues aunque era ya en Septiembre, todavía calentaba el sol de firme, estaba un caballo que tenía el pisonero para llevar las telas á la pisa.

El albéitar reconoció la primera del grupo, calificándola de *vacía*, y pasando adelante sin fijarse, puso la mano en la barriga del caballo...

—¡Chachos!—dijo en voz baja un mozo que lo notó á otros que estaban con él en corrillo;— ¡está reconociendo el caballo del tío pisonero!

—¡Chist! callar, á ver qué dice,—indicó maliciosamente otro.

Y el *profesor*, después de un rato de observación, exclamó solemnemente:

—¡Preñada!

Una lluvia de improperios cayó sobre él en el mismo acto.

—¡Animal!

—¡Bruto!

—¡Zopenco!

—¡Burro!

—¡Bárbaro!...

—¡Si es un caballo, bestia!...

Cuando fué cesando el chaparrón, el albéitar, que era bastante desahogado, trató de rehabilitarse echándose á reir y diciendo:

—¡Si fué una broma!... ¡lo dije en chanzas!...

Pero sin dejarle acabar la frase, volvieron á írsele todos encima con otra granizada de insultos.

—¡Pillo!

—¡Bribón!

—¡Tunante!

—¡Querías engañar á la gente y dejar libre la tu yegua y las de los amigos!

—¡Y echar á perder á algún pobre!...

—¡Granuja!

—¡Tramposo!

—¡Tuno!...

Y si no se escabulle por entre las yeguas, hubiera habido más que palabras.

El alcalde, al principio, quiso, por la cuenta que le tenía, sostener el reconocimiento, ó por lo menos la validez de las calificaciones hechas antes de la equivocación; pero no pudo.

La gente se le amotinó y no tuvo más remedio que mandar de bagaje indistintamente las diez primeras yeguas que estaban en turno, empezando por la suya.

## ASPERGES

Alborozada de veras había despertado aquel día la noble y olvidada ciudad.

Las campanas de su catedral famosa, las de su vetusta colegiata, las de sus cuatro conventos de monjas y las de sus once iglesias parroquiales repicaban todas á un tiempo.

De los engalanados balcones del Consistorio, de la Diputación y del casino principal no cesaban de salir cohetes hendiendo el aire con prolongado silbido, que iba menguando poco á poco hasta extinguirse; y cuando ya parecía del todo apagado... ¡pum! ¡pum!... dos estampidos uno tras de otro...

¿Qué sucedía?

¡Pues apenas nada!... Que se inauguraba el ferrocarril, el suspirado ferrocarril, agente vivificador, arteria poderosa que había de rejuvenecer con nueva sangre á aquella pobre anciana.

Por eso andaban sus hijos tan contentos; por eso, cuando ya querían ser las once, bajaban todos hacia la estación nueva, que estaba á la orilla del río, á donde también acudían á bandadas á ver la máquina los aldeanos del contorno.

El Ministro de Fomento asistía personalmente á la inauguración; el Obispo iba á bendecir la línea; la Compañía concesionaria obsequiaba á los dos altos dignatarios y á las personas principales de la provincia con un banquete...

Entre los convidados que primero se presentaron en el andén se hallaba Colás el de Poblón, diputado á Cortes por uno de los distritos rurales que cruzaba la vía, á quien llamaban de muchacho en su pueblo el *Pavarro*, por su marcada similitud en la perspicacia con los pavos grandes. Mas á pesar de que en efecto parecía tonto, y no digo yo que no lo fuera, se había enriquecido y, mediante el pago de tres mil duros á un candidato ministerial á quien llamaban *Rinconete*, que por esa cantidad le cedió el distrito, había llegado á padre de la patria. Por cierto que lucía un frac nuevo, y como no estaba acostumbrado á él, no sabía qué hacer de las manos. A menudo buscaba instintivamente los bolsos para meterlas en ellos como acostumbraba cuando traía chaqueta; pero como no los encontraba,

las dejaba con desaliento caer de la más desairada manera.

Se había arrimado al Presidente de la Diputación, Paco Vega, que era un buen muchacho, inteligente y amable, de menos edad que él, pero á quien él llamaba respetuosamente don Francisco, y como casi no conocía á nadie más, no se separaba de él un momento.

Cuando llegó la hora, salió el señor Obispo, ya revestido, de una de las salas de descanso. La máquina destinada á conducir el primer tren oficial, muy enguirindolada con los colores nacionales, avanzó mansamente por los rieles, orilla arriba del alto andén, hasta colocarse á los pies del Obispo, que comenzó rociándola con el hisopo mojado en agua bendita y recitando en voz alta la fórmula correspondiente, que es el versículo 9 del salmo 50: *Asperges me hisopo, et mundabor...*, etc.

La gente del pueblo sostenía en tanto diálogos curiosos referentes á la ceremonia.

—¿Qué es eso negro con tantas banderas y tantas cintas? ¿es esa la máquina?

—Sí: esa es la locomotora.

—Y ¿por qué la han puesto tan maja?

—¡Toma! pues porque la van á bautizar.

—¿A bautizar?... ¿Y cómo la bautizan?

—Pues al respectivo, lo mismo que quien bautiza á un niño; porque, ya ves, la loco-

motora se mueve, y es como una criatura, fuera del alma...

—¿Y qué nombre la ponen?

—Mírale: ya le tiene escrito allí á un lao con letras doradas.

—¿A ver?... Ahí dice... *Gaudiosa*...

—Pues eso, *Gaudiosa*... el mismo nombre de la mina de donde sacaron el hierro para hacerla... Porque así como á un niño, aunque sea mala comparanza, le ponen el nombre de su padre, pues á ésta la ponen el nombre de su madre...

—No; si *Gaudiosa* creo que se llamaba la mujer de D. Pelayo...

—Pero también se puede llamar así la mina; porque las minas también se llaman como las personas... *Rosita*... *Juanita*...

Continuaba en tanto la bendición, que fué algo larga, y al pobre Colás, que fuera del *Asperges* que había oído cantar en su pueblo todos los domingos antes de misa, no entendía una palabra de las preces que en latín recitaba el señor Obispo, y además tenía ya gana de comer, se le hacía larguísima, interminable.

—¡Qué pesado es esto!—decía por lo bajo al Presidente!—Cuándo que le quitan la mitra, cuándo que se la ponen... cuándo que le dan el libro abierto, cuándo que se le quitan... En cuanto concluya la bendición comeremos, ¿eh?

—¡Ca! no, señor: si la comida no es aquí, que es en la estación de término. Primero tenemos que hacer el viaje.

Al diputado rural no le sentó bien la noticia; pero ¡qué remedio!

Concluyó al cabo la bendición; se subieron los convidados al tren; se puso éste en marcha, y en poco más de dos horas llegó al extremo de la línea. El Pavarro, que llevaba ya una gazuza que no veía, en cuanto se apeó del coche quiso irse hacia la fonda; pero don Francisco, como él decía, le advirtió que todavía no era la hora de comer, que primero había que firmar el acta.

Nuevo contratiempo.

Se asomó al comedor, sin embargo, para ver los preparativos.

La mesa estaba llena de flores y de frutas. Pero entre unas y otras había también apetitosas fiambres, con las que se le alegró el corazón, haciéndosele ya la boca agua. Se fijó especialmente en un salmón grande en salsa bayonesa, y después de mirarle bien fué á contarle el caso al Presidente de la Diputación, diciéndole:

—Hay allí un platón larguiteño con un pez entero de más de una vara de largo, metido entre barro amarillo.

—Será un salmón,—le dijo Vega.

—Y tiene allí una palina de plata... ¿Para qué es?

—Para apartar, para servirse.

—¡Qué tapín voy á levantar yo con aquella palina!

Al fin... entró la comitiva en la fonda, y Colás, que no se apartaba del Presidente de la Diputación, se fué junto á él y se sentó en seguida.

—¡Chist! levántese usted—le dijo su amigo,—que va el señor Obispo á bendecir la mesa.

El pobre Pavarro creyó que aquella bendición iba á ser tan larga como la de la locomotora, y tuvo gran disgusto. Se equivocaba, por supuesto: aquella bendición fué brevísima; pero así y todo, á él, que no era devoto ni mucho menos, ya le parecían demasiadas bendiciones.

Sentáronse todos. Viendo Colás que los demás desdoblaban las servilletas, desdobló la suya y encontró dentro una cartulina con adornos dorados.

—¿Para qué es este cartonín?—preguntó á Paco Vega.—No será de comer, ¿verdad?

—No; eso es la lista de la comida, el programa del banquete.

—¡Ah! sí: tiene aquí unos letreros...

—Sí: ahí dice lo que nos van á ir dando; pero le advierto á usted que está en francés...

—Ya sé yo algo de francés—dijo Colás,—de oír á mis niños que lo estudian en el

Instituto... *Avez vous votre chapeau... y así...*

El Pavarro comenzó á leer la lista, y al instante hizo un gesto de sorpresa; metió la mano en el bolsillo del chaleco, sacó el dinero que tenía, y apartó un duro y dos pesetas, que dejó sobre el mantel, guardando lo restante.

—¿Qué hace usted?—le dijo Vega.

—Preparar el dinero, porque no me gusta que luego me den prisa cuando cobren... Yo creía que esto era gratis; pero veo que dice aquí: *diner 28 août*, y este *août* no sé lo que es; pero *diner* ya sé que es dinero, y 28 supongo que serán veintiocho reales.

—No, hombre, no; esto no se paga. *Diner* quiere decir comida, y 28 *août*, 28 de Agosto, que es el día en que estamos.

—¡Ah!... ya.

Volvió á ponerse á leer, y en seguida dijo:

—Bueno: esto sí me gusta á mí, que se empiece por el vino, que en algunas partes se lo hacen á uno desear un rato, y á mí me gusta que lo sirvan pronto... Lo digo porque esto primero que dice *Consommé* será consumir, ¿verdad?

—No, hombre: *Consommé* es la sopa.

—¡Ah! ¿*Consommé* es la sopa? ¡Pues cualquiera lo entiende! No creía yo que se diferenciaban tanto el francés y el castellano.

El Pavarro continuó leyendo la lista, figurándose que entendía alguna palabra que otra, pero sin atreverse á comunicar sus figuraciones al Presidente después de la equivocación pasada, hasta que un poco más abajo de la mitad se encontró con una palabra que le hizo exclamar todo alarmado:

—¡A Dios!... ¡Quonian!...

—¿Qué le pasa á usted?—le preguntó su vecino.

—¡Reconian! ¿Sabe usted que nos va á marear hoy el Obispo?

—¿Por qué, hombre?

—Porque tenemos otro *Asperges* á media comida...

—¡Ca! ¿Qué me cuenta usted?...

—Lo que usted oye... Mire usted... Esto bien se entiende... ¿No dice usted que este es el programa? Pues mírelo usted aquí bien claro: *Asperges*... ¡Quonian! ¡Quonian! ¡Como sea tan largo como el primerol!...

Y el Presidente de la Diputación, sin poder apenas contener la risa, tuvo que explicar al diputado rural que aquel *Asperges* que allí leía no era una nueva bendición, sino un plato de espárragos.

## LOS MAIMONES

Cuando yo conocí á Juan *Galán* podía tener unos diez y ocho años, y era bajito de estatura, regordete y bastante feo; casi demasiado.

Le hacían mucha burla los otros mozalbetes, que sabían de memoria una especie de filiación ó reseña de Juan, en aleluyas de varias dimensiones, por este estilo:

Sus señas particulares  
son un papo y tres lunares;

El pelo ensortijado,  
de liendres empedrado,

Color de aceituna,  
vergüenza ninguna, etc.

El mote de *Galán* creo que se le había puesto su madre, sin querer, naturalmente.

La pobre mujer, á quien, como á todas las madres, parecía su hijo hermoso como un